



CONCIUDADANOS—Después de sostener el honor de la República contra sus enemigos, todavía teníamos que cumplir con un deber sagrado en el seno mismo de la patria: lo llenamos con religiosidad, y debemos aun al mundo todo la manifestación de los motivos de nuestra conducta.

Los destinos de nuestro desgraciado país se hallaban à merced de la ambición y las pasiones: las bases de nuestra asociación se sintieron conmovidas, y descendió el país de la altura hermosa à que se había elevado à costa de grandes trabajos y de inmensos sacrificios.

Oímos vuestras quejas; y, oprimidos de privaciones y peligros, mirábamos con ojo inquieto las maniobras y proyectos de vuestros opresores. No se nos ocultaba una sola de sus injusticias; todas sus intrigas nos eran conocidas. Los perdonáramos gustosos y con generosidad, si solo hubieran querido marchitar nuestros laureles, porque la posteridad hubiera vengado tamaño ultraje; mas no pudimos mirar indiferentes vuestros sufrimientos y vuestra degradación, y el sentimiento público y nuestro patriotismo nos forzaron à restablecer con la espada el equilibrio que se había destruido.

Vosotros habéis sido testigos oculares de los hechos: juzgad, pues, si ellos están, ó no, pintados con exactitud en este triste pero necesario bosquejo de la administración pasada. Ella, usando de un poder ominoso, sofocó el pensamiento y esclavizó la libertad de la prensa con leyes opresivas y funestas: las amenazas y el puñal impusieron silencio à los escritores públicos, y hasta los dueños de las imprentas fueron perseguidos de muerte, con una barbarie que quizá no tiene ejemplo en la historia de los desafueros políticos.

La opinión pública perdió así sus órganos de comunicación: el pueblo no pudo desde entonces hacer llegar à los oídos de la autoridad los males que le afligían; ahogó sus quejas en el silencio, y si alguna vez la enormidad de los atentados alentó el valor de los oprimidos, el fallo de los jueces, en quienes la parcialidad era la menor tacha, decidía al momento de la suerte de la víctima.

Condenado el pueblo à una esclavitud tan vergonzosa, corrió en distintas veces à los comicios públicos, para nombrar representantes que pudiesen arrancarlo de su abyección; y los puñales, la violencia, los manejos mas sordidos sofocaron la libertad que conceden nuestras instituciones. Si triunfó el voto público apesar de estos manejos, una reunión de hombres, cuya autoridad no tenía un origen mas puro, armada con el poder de la ley, se sobrepuso distintas veces al voto público y à la expresión general. Ningun medio era entonces prohibido con tal que fuese eficaz; los mas viles arbitrios se pusieron en juego, y de este modo logró la administración anterior cerrar la puerta à los escogidos del pueblo, y rodear de sus prosélitos el santuario de la ley.

Los empleos se prodigaron muchas veces al favor y al crimen, y el mèrito solo sirvió de pretexto à las persecuciones mas encarnizadas. Las distinciones fueron el premio de la humillación y del espionaje; muchos de los servidores fueron separados de la escena pública, y algunos destinos se vieron ocupados por hombres que habían concitado contra sí el odio y la execración.

Todo fué personal en la administración del Sr. Dorrego: los principios fueron violados à cada paso; y la marcha de una autoridad que jamas mereció el nombre de tal, ni la confianza pública, fué por esto siempre incierta y vacilante.

La política del gobierno dependió desde sus primeros pasos de la dirección que quisieron darle los enemigos mas encarnizados de la provincia de Buenos Aires. Su único designio fué el de prepararse un apoyo exterior, para despotizáronse impunemente, y nada perdonó para conseguirlo: albagó de distintos modos las aspiraciones de los jefes de las provincias, y puso en ridículo à la república toda, por el desacierto en la elección de

individuos à la persona del gobernante; de sus fondos se pagaron sueldos à personas à quienes la autoridad legítima había retirado, por sus crímenes, de destinos que no merecían; y, para vergüenza de nuestro país, de la sangre misma de nuestros conciudadanos debían salir las sumas injentes que se han distribuido entre los Sres. Dorrego, Rojas, y los miembros de la legación al Brasil.

El crédito público fué conducido à su ruina por operaciones desacertadas; empréstitos ruinosos lo sobrecargaron de un peso insoportable; una deuda inmensa agotó los recursos de esta provincia desgraciada, y quedaron de este modo cegados los manantiales de su riqueza y prosperidad.

El banco nacional sufrió distintos ataques del gobierno y la legislación: su carta fué violada, sus privilegios invadidos; y así vino à consumarse el descrédito de nuestro medio circulante, y à darse un golpe mortal à un establecimiento, que ha sostenido por tanto tiempo el honor y la existencia de la patria.

El ejército fué desatendido; nuestros soldados se encontraron en la última campaña desnudos é impagados. Su suerte y las esperanzas de toda la república se expusieron mil veces, por sostener à su cabeza à un jefe sin conocimientos en el arte de la guerra; y mientras en esta capital se prodigaban los tesoros del estado para enriquecer à unos pocos individuos, nuestros soldados sufrían con resignación toda clase de privaciones y miserias.

La sala provincial, en vez de ocuparse de reformas útiles y de remediar los males públicos, solo trató del engrandecimiento personal del jefe à quien debía su existencia. Apenas una mediocridad pública se habrá visto en la provincia en el período de su duración. Su tarea exclusiva era anular los nombramientos del pueblo, y engrosar su número incorporando à sus adeptos. La marcha del gobierno era secundada en todos sentidos por este cuerpo degradado; como que no tenía un solo punto de contacto con el pueblo, desatendió siempre sus quejas, se hizo sordo à sus reclamos, y formó una política contraria à los intereses de la comunidad.

Este es el cuadro, aunque imperfecto, de los terribles males que os aquejaban bajo la administración que hà caducado; y estos los motivos que justifican nuestra injerencia en los negocios políticos de esta provincia. No hemos sido nosotros autores del cambio de que habéis sido testigos; la opinión pública, vosotros mismos, lo habéis ejecutado, siendo nosotros los instrumentos de la voluntad general. Ella hà dirigido nuestros pasos; y bajo sus auspicios bastó presentarnos para triunfar de vuestros tiranos, y hacéros de nuevo árbitros soberanos de vuestros destinos y los nuestros.

Hemos llenado ya los deberes sagrados que nos hà impuesto el patriotismo; y en adelante solo puede exijírsenos sumisión à las leyes y obediencia à la autoridad que habéis elegido. Jamás empuñaremos otra vez las armas para intervenir en la marcha política del país, porque esperamos que, en adelante, bajo una administración mas benéfica y popular, no se repetirán los excesos y los escándalos, y se consultará el bienestar de la sociedad. Nosotros lo prometemos, dando por garante de la sinceridad de nuestro votos ese entusiasmo patriótico que tantas veces nos hà hecho despreciar la muerte en los campos de batalla. Nuestras espadas no sostendrán otra causa que la de los principios: por restablecerlos hemos cedido à los consejos de vuestra opinión; y hoy que dejamos ya en manos del pueblo todos los resortes del poder, el orden será mantenido por las leyes, sin que necesite de nuestra intervención. Manifiéstese cuanto antes la voluntad general, por el órgano de sus representantes legítimos, y nosotros serémos los primeros en obedecer sus preceptos. Entonces nuestra absoluta deferencia justificará nuestra marcha, y los principios

... y los gobiernos; los unos de quienes, con-
tinuamente consumidos, y despojó el país de la altura
hacráa à que se había elevado à costa de grandes trabajos y de
inmensos sacrificios.

Oímos vuestras quejas; y, oprimidos de privaciones y peli-
gros, mirábamnos con ojo inquieto las maniobras y proyectos de
vuestros opresores. No se nos ocultaba una sola de sus injusti-
cias; todas sus intrigas nos eran conocidas. Los perdonáramos
gustosos y con generosidad, si solo hubieran querido marchitar
nuestros laureles, porque la posteridad hubiera vengado tamaño
ultraje; mas no pudimos mirar indiferentes vuestros sufrimien-
tos y vuestra degradacion, y el sentimiento público y nuestro
patriotismo nos forzaron à restablecer con la espada el equilibrio
que se había destruido.

Vosotros habeis sido testigos oculares de los hechos: juzgad,
pues si ellos están, ó no, pintados con exactitud en este triste
pero necesario bosquejo de la administracion pasada. Ella, usan-
do de un poder ominoso, sofocó el pensamiento y esclavizó la
libertad de la prensa con leyes opresivas y funestas: las amena-
zas y el puñal impusieron silencio à los escritores públicos, y
hasta los dueños de las imprentas fueron perseguidos de muerte,
con una barbarie que quizá no tiene ejemplo en la historia de los
desafueros políticos.

La opinion pública perdió así sus órganos de comunicacion;
el pueblo no pudo desde entónces hacer llegar à los oídos de la
autoridad los males que le afligian; ahogó sus quejas en el si-
lencio, y si alguna vez la enormidad de los atentados alentó
el valor de los oprimidos, el fallo de los jueces, en quienes la
parcialidad era la menor tacha, decidia al momento de la suerte
de la víctima.

Condenado el pueblo à una esclavitud tan vergonzosa, corri-
ó en distintas veces à los comicios públicos, para nombrar re-
presentantes que pudiesen arrancarlo de su abyeccion; y los pu-
ñales, la violencia, los manejos mas sórdidos sofocaron la liber-
tad que conceden nuestras instituciones. Si triunfó el voto pú-
blico apesar de estos manejos, una reunion de hombres, cuya au-
toridad no tenia un orijen mas puro, armada con el poder de
la ley, se sobrepuso distintas veces al voto público y à la espre-
sion general. Ningun medio era entónces prohibido con tal que
fuese eficaz; los mas viles arbitrios se pusieron en juego, y de
este modo logró la administracion anterior cerrar la puerta à los es-
cogidos del pueblo, y rodear de sus prosélitos el santuario de la ley.

Los empleos se prodigaron muchas veces al favor y al crí-
men, y el mérito solo sirvió de pretexto à las persecuciones mas
encarnizadas. Las distinciones fueron el premio de la humilla-
cion y del espionaje; muchos de los servidores fueron separados
de la escena pública, y algunos destinos se vieron ocupados por
hombres que habian concitado contra sí el odio y la execracion.

Todo fué personal en la administracion del Sr. Dorrego:
los principios fueron violados à cada paso; y la marcha de una
autoridad que jamas mereció el nombre de tal, ni la confianza
pública, fué por esto siempre incierta y vacilante.

La política del gobierno dependió desde sus primeros pa-
sos de la direccion que quisieron darle los enemigos mas encarni-
zados de la provincia de Buenos Aires. Su único designio fué
el de prepararse un apoyo exterior, para despotizáros impu-
nemente, y nada perdonó para conseguirlo: alhagó de distintos
modos las aspiraciones de los gefes de las provincias, y puso en
ridículo à la república toda, por el desacierto en la eleccion de
su ministro cerca del gobierno del Alto Perú.

El tesoro público fué el objeto del saqueo mas vergonzoso
y descarado. El cubrió los gastos que habian hecho los gefes
de algunas provincias, para fomentar y sostener sus pretensiones
anárquicas; él sirvió para recompensar la adhesion de varios in-

... Brasil.

El crédito público fué conducido à su ruina por opera-
ciones descortadas; empréstitos ruinosos lo sobrecargaron de
un peso insoportable; una deuda inmensa agotó los recursos
de esta provincia desgraciada, y quedaron de este modo cega-
dos los manantiales de su riqueza y prosperidad.

El banco nacional sufrió distintos ataques del gobierno y
la legislatura: su carta fué violada, sus privilegios invadidos;
y así vino à consumarse el descrédito de nuestro medio cir-
culante, y à darse un golpe mortal à un establecimiento, que
ha sostenido por tanto tiempo el honor y la existencia de la
patria.

El ejército fué desatendido; nuestros soldados se encon-
traron en la última campaña desnudos è impagados. Su suerte
y las esperanzas de toda la república se expusieron mil veces,
por sostener à su cabeza à un jefe sin conocimientos en el
arte de la guerra; y mientras en esta capital se prodigaban
los tesoros del estado para enriquecer à unos pocos individuos,
nuestros soldados sufrían con resignacion toda clase de priva-
ciones y miserias.

La sala provincial, en vez de ocuparse de reformas útiles
y de remediar los males públicos, solo trató del engrandecimien-
to personal del jefe à quien debia su existencia. Apenas una
mediocre utilidad pública se habrá visto en la provincia en el
período de su duracion. Su taréa exclusiva era anular los nom-
bramientos del pueblo, y engrosar su número incorporando à
sus adeptos. La marcha del gobierno era segundada en todos
sentidos por este cuerpo degradado; como que no tenia un
solo punto de contacto con el pueblo, desatendió siempre sus
quejas, se hizo sordo à sus reclamos, y formó una política con-
traria à los intereses de la comunidad.

Este es el cuadro, aunque imperfecto, de los terribles ma-
les que os aquejaban bajo la administracion que ha caducado;
y estos los motivos que justifican nuestra injerencia en los
negocios políticos de esta provincia. No hemos sido nosotros
autores del cambio de que habeis sido testigos; la opinion pú-
blica, vosotros mismos, lo habeis ejecutado, siendo nosotros los
instrumentos de la voluntad general. Ella ha dirigido nues-
tros pasos; y bajo sus auspicios bastó presentarnos para triun-
far de vuestros tiranos, y hacéros de nuevo árbitros soberanos
de vuestros destinos y los nuestros.

Hemos llenado ya los deberes sagrados que nos ha impues-
to el patriotismo; y en adelante solo puede exijirnos sumi-
sion à las leyes y obediencia à la autoridad que habeis elegido.
Jamás empuñaremos otra vez las armas para intervenir en la mar-
cha política del país, porque esperamos que, en adelante, bajo una
administracion mas benéfica y popular, no se repetirán los exesos
y los escándalos, y se consultará el bienestar de la sociedad. No-
sotros lo prometemos, dando por garante de la sinceridad de
nuestros votos ese entusiasmo patriótico que tantas veces nos ha
hecho despreciar la muerte en los campos de batalla. Nuestras
espadas no sostendrán otra causa que la de los principios: por
restablecerlos hemos cedido à los consejos de vuestra opinion; y
hoy que dejamos ya en manos del pueblo todos los resortes del po-
der, el órden será mantenido por las leyes, sin que necesite de
nuestra intervencion. Manifiéstese cuanto àntes la voluntad ge-
neral, por el órgano de sus representantes legítimos, y nosotros
serémos los primeros en obedecer sus preceptos. Entónces nues-
tra absoluta deferencia justificará nuestra marcha, y los principios
que nos han conducido en el cambio.—Buenos Aires 6 de di-
ciembre de 1828.—Feliz Olazabal.—Isaac Thompson.—Juan
Pedernera.—Manuel Correa.—Pedro J. Diaz.—José Olivarría.—
Sixto Quesada.—Aniceto Vega.—Juan Apóstol Martínez.